

# Historia de la educación e historia crítica. ¿Qué historia de la educación, para quién, para qué?

Antonio Viñao Frago<sup>1</sup>

Marc DEPAEPE, *Vieja y nueva historia de la educación. Ensayos críticos*, traducción de Irene Duque, Barcelona: Octaedro, 2006, 127 pp.

204

No son muchos los escritos del profesor de la Universidad Católica de Lovaina (reténgase lo de católica por lo que diré al final), Marc Depaepe, que hayan sido traducidos y publicados en España. Por las tierras americanas y en castellano es muy probable que circule algún texto suyo en forma de artículo pero, en lo que a España se refiere, sólo recuerdo en este momento dos artículos y un libro en prensa. El primero de los artículos se publicó en 1998 y constituía un análisis histórico-comparativo sobre la influencia y difusión de Pestalozzi en Europa.<sup>2</sup> El segundo, más reciente y escrito en colaboración con Frank Simon, versaba sobre las fuentes y los métodos con que llevar a cabo la “historia del aula”, es decir, de lo que acontece en ese espacio físico-temporal que es el aula.<sup>3</sup> Si este último artículo encaja perfectamente en la línea de trabajo de los ensayos incluidos en el libro que ahora se comenta, no sucede así con el libro en prensa. En este caso se trata de una de las primeras obras de Depaepe y trata sobre las relaciones entre teoría e historia en la pedagogía, los debates al respecto y la relevancia de la Historia de la Educación en Alemania Occidental desde 1950 hasta 1980.<sup>4</sup>

<sup>1</sup> Universidad de Murcia, España.

<sup>2</sup> H. VAN CROMBURGGE y M. DEPAEPE (1998). Pestalozzi en Europa. Prolegómenos de una historia funcional de su herencia, en J. RUIZ BERRIO, *et al.* (eds.), *La recepción de la pedagogía pestalozziana en las sociedades latinas*. Madrid, Ediciones Endimión, pp. 38-59.

<sup>3</sup> M. DEPAEPE, y F. SIMON (2005). Fuentes y métodos para la historia del aula, en M. FERRAZ LORENZO (ed.), *Repensar la historia de la educación. Nuevos desafíos, nuevas propuestas*. Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 337-363.

<sup>4</sup> M. DEPAEPE (en prensa). *Sobre las relaciones de la teoría y la historia en pedagogía. Una introducción al debate en la Alemania Occidental sobre la relevancia de la Historia de la Educación (1950-1980)*, Valencia, Nau Llibres.

En la contracubierta del libro comentado encontrarán los lectores algunos datos de la biografía académica de Marc Depaepe que amplió y detalló. Profesor de Historia de la Educación de la Universidad Católica de Lovaina; ha sido presidente de la Internacional Standing Conference for the History of Education (ISCHE) y de la Sociedad Belga de Historia de la Educación. Junto con Frank Simon es editor-responsable de *Paedagogica Historica*, sin duda la revista internacional de mayor prestigio en el ámbito histórico-educativo. Sus líneas o temas de investigación han sido o son la teoría y la metodología de la Historia de la Educación, la historia de las Ciencias de la Educación (en especial de la psicología y pedagogía experimentales), la historia de la educación en Bélgica y en el Congo Belga y Zaire y la de eso que, con Frank Simon, han llamado la “caja negra” de la historia de la educación: la de las prácticas educativas en el aula o “gramática de la escolarización”. Un acercamiento más detallado a la obra de este prolífico autor permite conocer otros temas de interés que van desde la estadística escolar a los libros de texto pasando por la prensa pedagógica o el proceso de feminización docente. En suma, Depaepe es hoy una de las figuras más representativas –junto con Frank Simon, profesor de la Universidad de Gante, con quien ha escrito y publicado buen número de artículos y libros– de la renovación científica y metodológica experimentada por la Historia de la Educación en el ámbito internacional en los últimos veinticinco años.

205

## Una síntesis de los trabajos incluidos en el libro

El libro publicado editado por Octaedro en la colección “Educación, Historia, Crítica” dirigida por Juan Mainer, incluye cinco artículos publicados en inglés o francés entre 1997 y 2004. Su selección permite obtener una idea bastante ajustada de en qué consiste esa renovación a la que acabamos de hacer referencia y de cuál es, en parte, la aportación de Marc Depaepe a la misma.

El primero de los trabajos (“Entre pedagogía e historia. Cuestiones y observaciones de los objetivos de la enseñanza de la historia de la educación”), ofrece una visión general del papel desempeñado por la Historia de la Educación, como disciplina académica, en la formación de profesores desde el siglo XIX hasta la actualidad. Un papel basado, en sus orígenes, en su pretendido valor moralizante e ideologizador como disciplina encargada:

- Desde el punto de vista de los contenidos, del conocimiento de las obras y acciones de los grandes pedagogos, así como de las principales corrientes e instituciones educativas.
- Desde el punto de vista moral, de mostrar modelos de virtudes pedagógicas y de bucear en la historia como “maestra de la vida”.
- Desde el punto de vista científico, de servir de sucedáneo de la teoría pedagógica.
- Y desde el punto de vista práctico, de ser utilizada como paraguas legitimador de la práctica docente, mediante la referencia a-crítica e indiscriminada a dichos pedagogos, corrientes e instituciones.

206

Dicho papel, como sucesivamente analiza Depaepe, sería puesto en cuestión en los años sesenta del siglo pasado por la historia social de la educación, en los años setenta por la historia revisionista estadounidense y, más recientemente, por la historia crítica y desmitificadora hasta llegar a una situación, la actual, en la que la historización de la Historia de la Educación y su creciente mirada crítica han hecho de la misma una disciplina que no es pertinente para muchos. Como afirma Depaepe, “a menudo los historiadores desconciertan a los pedagogos. En lugar de proponer soluciones a los problemas existentes, se dedican a analizar la relatividad histórica de la educación” (p. 28).

El segundo texto (“La desmitificación del pasado educativo: una labor interminable para la historia de la educación”) constituye, en parte, una autobiografía académico-investigadora de Depaepe. En ella cuenta cómo fue el interés por la práctica educativa lo que en principio le interesó dentro de la historia de la educación. Más en concreto, la búsqueda de los orígenes de “la organización del sistema escolar basado en materias y cursos”. Una tarea que él mismo define como “una forma de crítica de la educación y una demostración de la relevancia de la historia de la educación para la ciencia, la práctica y la política educativas” (p. 29). Posteriormente, imbuido de esa “lección de humildad” que supone “la práctica de la historia” (p. 31), sintetiza sus investigaciones en el ámbito de la historia de la investigación experimental en educación desde 1880 hasta 1940, la historia social de la profesión docente, el peso de las continuidades y de la estabilidad en la educación y la educación en el Congo Belga y Zaire.

El tercer trabajo (“La canonización de Ovide Decroly como ‘santo’ de la Educación Nueva”), el más extenso de los cinco, desvela el proceso de mitificación llevado a cabo sobre todo por familiares, allegados, discípulos y seguidores en relación con una de las figuras más representativas e influyentes de la Educación Nueva: Ovide Decroly. Un proceso de

ensalzamiento e invención de la realidad que haría del pedagogo belga – como se había hecho y se haría con Pestalozzi– una especie de “santo laico” comparable en muchos aspectos con Jesús de Nazaret, y de su escuela, L’Ermitage, un lugar de peregrinación pedagógica.

El cuarto texto lleva por título “La relevancia práctica y profesional de la investigación educativa y del conocimiento pedagógico desde la perspectiva de la historia: reflexiones sobre el caso belga en su contexto internacional”. Parte de dos supuestos. Uno de ellos, explícito en sus líneas finales, es que “la competencia profesional del profesor” reside en la “reflexión crítica sobre su oficio”. El otro, lanzado en sus primeras páginas, se refiere al inicio en el siglo XIX, acrecentado en el XX, de la escisión entre la investigación científica sobre la educación, ubicada por lo general en el mundo universitario, y el saber práctico o sabiduría empírica del profesor, así como al divorcio más reciente entre la reflexión filosófica de la educación sobre sus objetivos, y la reflexión empírico-práctica sobre los medios. Desde esta doble perspectiva, Depaepe pone al descubierto la falacia de la pretendida neutralidad objetiva de la pedagogía experimental, su dependencia de la psicología y la alianza, en la pedagogía católica, del más acendrado tecnicismo con la normatividad de la “filosofía perenne”. Asimismo, analiza las relaciones de ese saber empírico del profesor con la “gramática de la escolarización”, es decir, con las inercias y continuidades en la práctica docente. Por último, somete a crítica la “pedagogía de la reforma” de la Escuela Nueva en Bélgica con sus anhelos de un mundo rural e idílico en desaparición y el no cuestionamiento de las funciones de socialización y selección social llevadas a cabo por la escuela.

El quinto y último texto (“Filosofía e historia de la educación: ¿ha llegado la hora de salvar la distancia entre ambas?”), fue redactado como conferencia de apertura de un congreso internacional de Filosofía de la Educación; es decir, para una audiencia de filósofos. Refleja y analiza, a partir de propia experiencia profesional de Depaepe, las dificultades que ofrece el trabajo conjunto de quienes, desde la filosofía, se acercan a la historia de las ideas o del pensamiento educativo con un enfoque espacio-temporal a-histórico y tratan a los autores estudiados con la familiaridad con que se trata a unos interlocutores cotidianos, y la de quienes, desde la historia, se acercan a dichas ideas desde sus contextos de producción y recepción aplicando a los autores, y sus obras, el mismo tipo de crítica textual y discursiva que aplican a otros textos o documentos históricos. Y ello, además, partiendo del supuesto de que no existen cuestiones o ideas “eternas” (p. 112). Por otra parte, Depaepe constata cómo la creciente “historización” de la Historia de la Educación, en contraste con la Historia

de la Educación de corte tradicional, no facilita, “un terreno común que sirva de base al desarrollo de una teoría filosófica de la educación” (p. 115). Si bien, como compensación, indica una evolución en cierto modo paralela de ambos campos en el seno de las disciplinas que estudian la educación. Como bien advierte, ambas, la Filosofía y la Historia de la Educación, son actualmente campos marginales en el conjunto de las disciplinas que estudian la educación. Al mismo tiempo ambas han cobrado una relativa autonomía: han dejado de ser campos o materias “para” la educación y se han convertido en campos o materias “de” la educación. Por ello ambas, a su juicio, pueden aliarse tanto “en la lucha contra la investigación empírica de detalles insignificantes” como en “el desarrollo del pensamiento crítico independiente” (p. 116) del que, a modo de síntesis, ofrece como ejemplos el enfoque genealógico foucaultiano y los estudios sobre el proceso de normalización en el ámbito educativo.

### ¿Qué historia de la educación, para quién, para qué?

208

Una observación inicial: la obra de Marc Depaepe se lleva a cabo en una universidad católica. Esta observación no sería necesaria –y sería vista como algo fuera de lugar– si este comentario se publicara en una revista extranjera. En España, por una desgraciada peculiaridad nuestra, sigue siendo necesaria. ¿Cabe imaginar una universidad católica española que apoye y facilite la obra de un investigador que mantiene una visión muy crítica sobre la acción educativa de las órdenes y congregaciones religiosas de su país en los territorios coloniales (en este caso en el Congo Belga), que niega la existencia de una pedagogía perenne y normativa, y que comenta ácidamente esa peculiar combinación de esencialismo y tecnicismo experimental tan habitual, en España y fuera de ella, en la pedagogía católica? Es más, ¿cabe imaginar que mantenga en su seno, proporcionándole recursos y medios de todo tipo, a un profesor e investigador para quien la Iglesia católica, desde una perspectiva profesional laica –la única posible en un verdadero historiador–, es una institución humana a estudiar con los mismos criterios y enfoques que cualquier otra institución humana? La respuesta queda en manos del lector. En este punto continuamos siendo diferentes.

Una segunda observación contextual: la obra, abundante y copiosa, de Marc Depaepe se lleva a cabo, desde la década de los setenta, asimilando de forma crítica las principales corrientes innovadoras historiográficas de cada momento. Por decirlo de modo directo y claro: su obra escrita refleja,

asume y reinterpreta dichas corrientes tomando posición frente a las mismas. Es una obra que se va haciendo a sí misma, en progreso continuo (“a work in progress” diría Depaepe), bajo la forma de conferencias, artículos y libros, gracias, entre otras cosas, al conocimiento de diversos idiomas y a haber sabido estar, en cada momento, en el lugar y foro adecuados para conocer dichas corrientes y utilizarlas en sus investigaciones.

¿Cuáles son estas corrientes o miradas? ¿De qué historia de la educación se trata? ¿Qué pretende o qué objetivos busca? ¿A quién puede interesar y a quién puede incomodar?

La obra de Depaepe, tanto en sus contenidos como en sus enfoques y métodos, se mueve a caballo entre las tres miradas de la historia social, la historia socio-cultural y la historia socio-crítica de la educación. Así lo atestiguan sus trabajos sobre los procesos de profesionalización y feminización docente, la historia del currículum, del aula y de las prácticas escolares, la “gramática de la escolarización” y la psicopedagogía experimental, entre otros temas, y el recurso a enfoques propios del revisionismo radical, del criticismo foucaultiano o de los giros lingüístico e icónico.

Por lo que respecta a la historia de las ideas o del pensamiento pedagógico —otro de los campos de investigación preferentes en Depaepe— su obra muestra la influencia e interacción entre dos enfoques sólo aparentemente contrapuestos: aquél que centra su atención en los contextos de producción y aquél atento a los procesos y contextos de recepción. En cuanto al primer punto, sin mencionarlas de modo expreso, coincide con las críticas de la llamada “escuela de Cambridge” de la historia del pensamiento político (Skinner y Pocock sobre todo) a quienes parten del supuesto de que existen problemas perennes en la historia de las ideas, a quienes practican la “mitología de las doctrinas” y la de la “coherencia” en la exposición de los escritos de un autor o autores determinados. En este sentido, la obra de Depaepe puede ser inscrita, con matices, en lo que se ha llamado el “giro contextual”. En cuanto a los procesos y contextos de recepción, podríamos, sin problema alguno, atribuirle las palabras de Skinner:

209

tan pronto como comprendemos que no hay una idea determinada a la que hacen su contribución los diversos escritores, sino sólo una variedad de enunciados hechos por una gran variedad de agentes con una gran variedad de intenciones, lo que descubrimos es que no existe una historia de la idea que se tenga que escribir. Sólo existe la historia de sus diferentes usos y de la variedad de intenciones con que se utilice.<sup>5</sup>

<sup>5</sup> Q. SKINNER, “Significado y comprensión en la historia de las ideas”. En BOCARDO CRESPO, E. (ed.), *El giro contextual. Cinco ensayos de Quentin Skinner, y seis comentarios*, Madrid, Tecnos, 2007, pp. 98-99.

De ahí la atención que presta a las adaptaciones, versiones, influencias, efectos y mitificaciones de las ideas pedagógicas. A los usos de las mismas, en definitiva, con diferentes intenciones y en diferentes contextos.

Este tipo de historia de la educación, una historia relativizadora, “despiadada e impía” (p. 28) ha de resultar necesariamente incómoda. ¿A quién? Por un lado, a “nuestros tecnócratas” y “pedagogos” que piensan que “podemos escapar a la historia ignorándola” (p. 28). Por otro, en palabras de Willem Frijhoff que Depaepe hace suyas, a “los trepas y chapuceiros despreocupados, algunos armados de teoría, otros ni siquiera de eso, que pescan de casualidad en las aguas de la Madre Clío, de cualquier manera, con cualquier propósito, sin prestar ninguna atención al... marco temporal”. Una especie abundante entre quienes investigan y escriben sobre temas educativos.

210

Todo ello, junto con la creciente historización de la Historia de la Educación, la pérdida –por fortuna– de su valor moralizante y ejemplificador y el creciente alejamiento entre la investigación histórico-educativa y lo que se entiende mayoritariamente que son las necesidades formativas de los profesionales de la educación –unas necesidades, así definidas, que excluyen toda consideración histórica, contextual y crítica– explican la incomodidad, recelos y rechazo ante aquella historia –cada vez más necesaria– que en el marco de “una historia cultural más amplia, sigue siendo imprescindible para situar la enseñanza y la educación en su contexto” (p. 28). Algo exigido por el desarrollo de esa “competencia profesional” básica del profesor que es la “reflexión crítica sobre su oficio” (p. 101). Justo es esa reflexión a la que se dirige y que intenta promover el libro de Depaepe.

En síntesis, la lectura de estos cinco textos –certeramente elegidos con tal fin– permite no sólo acercarse a la obra de uno de los historiadores de la educación más relevantes de este campo historiográfico, sino también obtener una cierta idea, bastante ajustada, de algunos de los temas, enfoques y debates propios de las posiciones, dentro del mismo, más de vanguardia y abiertas a otros campos e intereses. Todo ello además, como acaba de decirse, con un claro sentido crítico en relación tanto con las ciencias de la educación como con la práctica educativa.